

EN LA BRECHA

Gonzalo Fernández de la Mora

HA muerto el hombre bueno, generoso, veraz y de robusta fe. Pero sus caudalosas cualidades humanas sólo permanecen mientras sobrevivan los que le conocieron. En mi ánimo se irán tornando cada vez más ejemplares y puras, apoyadas en los recuerdos de una fraternal amistad de casi un tercio de siglo. Pero Florentino Pérez-Embid era, además, un intelectual y su obra está ya incorporada a la trama perdurable de nuestra cultura. Con la premura del epitafio y tratando de poner un dique metódico a la pena, me pregunto: ¿qué lugar ocupa este andaluz en las letras patrias?

Pérez-Embid fue exacto historiador de la peripecia descubridora y fue el eficazísimo y enamorado patrón de nuestro patrimonio artístico durante un lustro; pero, sobre todo, ha sido un protagonista de la batalla doctrinal que se viene librando en nuestro suelo desde finales del siglo XVIII. Y es en esta gran manobra espiritual en donde hay que situarle: ortodoxos frente a heterodoxos, revolucionarios frente a tradicionales, extranjerizantes frente a castizos, constructores frente a criticistas. El campo de Pérez-Embid es el de una gran tradición nacional: Séneca, San Isidoro, Lulio, Vives, Vitoria, Suárez, Jovellanos, Balmes, Donoso, Menéndez Pelayo. En este último patrón se injerta nuestro escritor.

En 1949, declara en nombre de los redactores de la revista «Arbor»:

Don Marcelino representa para nosotros una concepción permanente de la existencia española. En sus escritos no vemos un almacén, sino un sistema ideológico. Buscamos la vitalidad histórica de aquel maravilloso plano de España que tenía en la cabeza.

En 1955, en un espléndido estudio preliminar a una antología, considera a Menéndez Pelayo

la voz de la raza, de la historia, de la tierra, de la sangre, la casta y el pueblo de España.

Promotor principalísimo de los actos del centenario, es uno de los españoles a quien debemos la reactualización del legado intelectual de don Marcelino. Es este nombre el que inscribe nítidamente a Pérez-Embid en la carta de navegación literaria de España.

Y tal origen explica que enlace directamente con el eslabón intermedio, el de Maeztu y «Acción Española». Escribe en 1949:

A los españoles de 1898 se les acaba la fuerza cuando acaban de protestar contra todo lo humano y lo divino; sólo Maeztu logró salir de aquel círculo vicioso.

Es el puente sobre la crisis noventayochista. Don Ramiro es uno de los nombres más citados por quien fundó la «Asociación de Amigos de Ramiro de Maeztu» y patrocinó la edición, todavía inconclusa, de las obras completas.

Pero no es sólo que la genealogía intelectual de Pérez-Embid pasa especulativamente por Menéndez Pelayo y Maeztu: es que esta filiación determina sus actitudes operativas, porque siente la teoría como praxis o, por apelar a una expresión mía que él solía citar, vivió las ideas como acciones incoadas. Los secuaces de la interpretación materialista de la Historia creen que los saberes, incluso los más radicales y abstractos como la Filosofía, son subproductos de la economía, recuelos del mercado. La posición de Pérez-Embid es antípoda, casi fichteana:

El punto de partida está en las ideas; es el enorme poder expansivo de éstas el que configura al poco tiempo la conducta de las masas.

Y en otro lugar:

La aparición en un orden cualquiera de una teoría con validez objetiva crea automáticamente una dinámica de la verdad.



Con el autor en la exposición «Santa Teresa y su tiempo».

Esta tesis se repite a lo largo de toda su obra; es casi una obsesión. Por eso desde sus primeros escritos se siente enroldado en lo que llama «una guerra de ideas». Es un pensador para la realidad, un escritor que aspira a proyectarse sobre los hechos, un teórico de acción. La mayor parte de su obra tiene, consecuentemente, una dimensión polémica y política; no se apoya en la torre de marfil, sino en el ágora.

¿Contra quién luchó? A escala universal, contra el marxismo:

Es la ideología comunista la que nos coloca en guerra, porque ella nos tiene declarada la guerra, y no sólo no lo disimula, sino que nos lo reitera.

A escala nacional hay, además del marxismo, otro adversario menos frontal:

Unas minorías discrepantes que han actuado con alguna eficacia sólo desde hace poco más de un siglo.

Son las que arrancan de los afrancesados y que él denomina «la pequeña tradición» o «la ideología de la izquierda burguesa». Frente a ellas se dispone la básica ofensiva intelectual de Pérez-Embú. Ve en esta ideología la razón de la «inseguridad y el marasmo» de España, el «retraso técnico» y la «guerra fratricida de los partidos». Y por eso repudia la interpretación

histórica de las dos Españas y las instituciones políticas anejas a aquella ideología.

¿Por qué ideal luchó? Por la restauración de una «conciencia nacional unitaria» que nos equiparara a la homogénea estructura de otros grandes pueblos y que, superando las escisiones fundamentales, hiciera posible la convivencia pacífica. Esta conciencia unitaria tenía como contenido la gran tradición nacional, pero puesta a la altura del tiempo. Su fórmula, una de las más acertadas y felices de su extensa obra escrita, dice así: «Españolización en los fines y europeización en los medios.» O lo que es lo mismo, fidelidad a las esencias históricas, servido por los métodos intelectuales y las técnicas más depuradas. Un no rotundo, por lo tanto, a los desespañolizados o exiliados en el interior y también a los ensimismados en la nostalgia de un pasado irrecuperable. No a los europeizadores de lo sustantivo y a los hispanizadores de lo accidental. Modernización desde la tradición sería la consigna. Y las últimas décadas han demostrado su viabilidad y su validez.

Al servicio de este ideal conservador y renovador, nacional y universalista, están principalmente sus libros *Ambiciones españolas* (1953), *En la brecha* (1956) y *Paisajes de la tierra y del alma* (1963). Pero su obra escrita es sólo una parte de una vasta operación intelectual. Desde la revista «Arbor» auspició, durante más de siete años, uno de los esfuerzos más coherentes e importantes que se han hecho para impregnar de sentido tradicional la cultura española contemporánea. Y la revista «Ateneo», por él fundada, y la colección de opúsculos «O crece o muere», que puso en contacto a los españoles con el pensamiento contrarrevolucionario de allende el Pirineo, y la «Bi-

lioteca del pensamiento actual», que se inició en 1958 con un libro de Guardini y que alcanzó el centenar y medio de títulos. Destituido de «Arbor» e interrumpida la «Biblioteca» por deserción intelectual de uno de sus alfiles, Pérez-Embíd no quiso abandonar y fundó la revista «Atlántida» en 1963, y la mantuvo prácticamente en solitario durante una década. Creo que desde 1936 nadie se había entregado más que Pérez-Embíd a la empresa de mantener esa concepción tradicional de nuestro Estado. Su estímulo fue acicate permanente para un grupo de intelectuales, de los que en justicia deberá decirse, glosando la sentencia de Churchill, que raras veces un concepto de la patria debió tanto a tan pocos. Y todo esto lo llevó a cabo sin pedir nada y con la alegría del justo, superando las incomprensiones, las ingratitudes y aun la traición.

El Estado del 18 de julio apenas ha tenido otra defensa intelectual que la de los escritores que trató de integrar Pérez-Embíd. Los hechos, desgraciadamente, están demostrando que aquel noble esfuerzo colectivo no ha sido suficiente para erradicar el riesgo de retorno a la trágica dualidad de la España contemporánea, la de 1812, 1833, 1878, 1898 o 1936. Al comienzo de su libro más rotundo, todavía entreverado de ímpetu juvenil, Pérez-Embíd cita el texto de Ezequiel: «Busqué un hombre que se mantuviera en la brecha y no encontré ninguno.» Él permaneció durante toda su vida en la brecha, incluso con el corazón ya vacilante, y en ella ha muerto con la bandera izada. Hemos de mantenerla.

(«ABC», Madrid, 31 de diciembre de 1974.)

En el Curso de Problemas militares. Santander, agosto 1965. ➤